

2.6380

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: en la Redaccion, calle de Jacometrezo. n.º 30, cuarto 2.º
Librería de Monier, Carrera de S. Gerónimo, núm. 10.
Plazuela del Duque de Alba, Almacén de Papel n. 15.
Matute, calle de Carretas, núm. 8.
Lopez, calle del Carmen, núm. 29.
Y en las principales librerías.

EL CLARIN,

PERIODICO DE TOROS Y CHISMOGRAFIA.

SALE DOS VECES A LA SEMANA.

PRECIOS DE SUSCRICION

EN MADRID al mes rs. vn. 4.
EN PROVINCIAS, franco de porte. 5
Acompañando el Suplemento. 6
EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR. 10
Id. con el Suplemento. 12
No se admiten suscripciones en Provincias y en el Estrangero menos de un trimestre
La correspondencia se dirigirá franca de porte con el sobre à el Administrador del periódico.

SOCIEDAD TAUROMACA MADRILEÑA.

ACTOS OFICIALES.

La Junta directiva y comision de funciones han dispuesto que el domingo 5 del corriente, á las doce de la mañana, se verifique una pequeña corrida de prueba, la que presenciarán solamente los señores sócios, sirviéndoles de billetes de entrada sus títulos respectivos. Todos los señores sócios que se han inscrito para tomar parte en las lides, y para desempeñar cargos anejos á ellas, tendrán la bondad de concurrir á la plaza de la Sociedad hoy 4 del corriente, á las tres de la tarde, con el objeto de enterarse de asuntos interesantes. — Por acuerdo de la J. D.—Cárlos Maria Ponte, secretario.

NUEVO EMPRESARIO.

Ya tenemos resuelta la crisis de la subasta de la plaza de esta corte: antes de ayer ha sido firmada la competente escritura por D. Felipe Lopez por haberse rematado á su favor. segun y en los términos en que presentó su proposicion; por consecuencia ha quedado terminado este negocio con relacion al año actual. Segun los antecedentes que tenemos, el nuevo empresario se propone hacer importantes mejoras que nada dejará que desear á los aficionados. Veremos como se porta, de lo cual tendremos al corriente al público.

UN CRIMEN OCULTO.

Novela de Alejandro Dumas.

(Continuacion.)

Un día, era un domingo, contra mi costumbre de hallarme lo menos posible donde hubiese gente, me ví mezclado y en medio de un tropel que salía de la iglesia. Hay en Granville una encrucijada, que forma una pequeña plaza, donde se sitúan todos los elegantes de la ciudad, á fin de ver desfilar por allí á las bellas que salen de misa. Hallábame yo en este sitio, modestamente vestido, es decir, como un lugareño en domingo, cuando ví pasar por mi lado un almivarado caballero, que daba el brazo á una señora ricamente adornada: todas las miradas se fijaron al instante sobre ellos, y hecho el análisis de sus trajes y adornos fueron comparados con el último figurin del diario de las modas.

—La señora y el caballero de Pray! dijo uno que estaba junto á mí.—Ah! son ricos y dichosos! Qué magnifico baile dieron el invierno pasado!

De Pray—pensé yo, recordando haber tenido en el colegio de Avranches un condiscipulo del mismo nombre: César de Pray, este sin duda debe ser su hijo.

En el mismo momento ví destacarse de la multitud que rui-

A LOS DE LA HISTORIA DEL TOREO.

ARTICULO VI.

Segun hemos prometido en nuestro último número, creemos deber hacer mención de las biografías publicadas con relacion á Juan Leon y Francisco Montes. Hablando del primero, dicen los redactores de la historia en la undécima entrega, página 194, lo siguiente:

«Triste es en verdad la confesion que vamos á hacer, pero precisa para conseguir nuestra justificacion: decimos triste en el concepto de que por causas que nos son enteramente ajenas, no podemos transmitir á nuestros lectores los apuntes biográficos del lidiador de quien vamos á tratar, con toda la latitud y certeza que deseáramos, por razon de que cuantas diligencias hemos practicado, tanto en esta corte como en Sevilla, para corresponder á nuestro intento, todo ha sido inútil, y de ningun resultado. Las causas que para ello ha habido no las podemos averiguar, porque se ocultan cual corresponde á un infundado origen; mas es lo cierto, que los apuntes relativos á los antecedentes de Juan Leon, si bien no se nos han negado, tampoco nos han sido otorgados.»

Nosotros felicitamos cumplidamente á los redactores de la Historia del toreo por la franca y sincera manifestacion que hacen; y ciertamente que no procederíamos con la imparcialidad que acompaña á nuestros actos, si no lamen-

dosamente se deslizaba por la calle de la iglesia, un jovencillo como de unos doce años, que viniéndose derecho á mí, gritaba: —Alfredo! Alfredo! Oh! tú no aguardarias verme hoy por aquí... he obtenido dos dias de licencia por ser el santo de mi mamá, y esto me tiene muy contento.

Este era el hijo de la señora de Pray. Dos ó tres jóvenes de alguna mas edad le acompañaban, y como vieron que César me habia tomado familiarmente la mano, y que los elegantes nos miraban con cierta especie de admiracion, se alejaron y le dejaron solo conmigo.

No me encontraba yo muy satisfecho en aquel momento. Mis vestidos harto mezquinos contrastaban estrañamente con los recién estrenados del chico que me hablaba, y me tuteaba tan alto, que todo el que pasaba se volvía para mirarnos. Mi amor propio estaba resentido y ya maldecía la hora en que me habia parado en aquel sitio.

—Ven á mi casa, mi querido Alfredo, me decia César; yo he hablado muchas veces de tí á mi mamá, que tendrá mucho gusto en conocerte... le he dicho que tú impedias á los compañeros que me hiciesen daño... ven Alfredo... yo te convidó para todo el día... verás como te diviertes.

Dejéme pues conducir por mi jóven camarada y á poco rato llegamos á la casa de la señora de Pray. Sin embargo de que su exterior se distinguía entre las demas de la calle, nunca creí hallar tanta magnificencia en lo interior. Atravesamos un peristilo

táramos también la fatalidad de que no se les hayan suministrado las noticias que apetecían, y que fracasasen por consiguiente sus mejores deseos, ya que con tanta constancia y celo han tratado de buscarlas por cuantos medios les ha sido dable poderlas adquirir.

Triste es en verdad este acontecimiento, que nosotros reconocemos, y mas triste también que á consecuencia del incidente desgraciado que dejamos hecho mérito no se haya podido describir la historia de *Juan Leon*, segun aquellos apetecían y nosotros hubiéramos deseado: de aquí la causa precisamente, para que la biografía del lidiador que nos ocupa la desconozca el público, y mal podría narrarla persona alguna, sin tener los datos indispensables á este objeto: hacemos esta justicia á los autores de la obra, ya que en su mano no ha podido estar el vencer las dificultades que se han presentado, á pesar de sus esfuerzos para conseguirlo. Por esta razón habríamos querido nosotros, que no hubiesen prometido al público dar la biografía de los toreros célebres, por la misma habríamos deseado proceder en con mas cautela, y finalmente que sus noticias se extendiesen á decir *Apuntes de tal lidiador*. De esta manera la responsabilidad estaba cubierta, su compromiso satisfecho, y nadie tendría derecho á quejarse. Nosotros apelamos al buen juicio de los redactores de la Historia del toreo, y estamos convencidos de que no podrán menos de darnos la razón en este punto, así como de la fundada justicia que hemos tenido en hacerles la oposición desde el momento en que la obra empezó á darse á conocer. No se crea que nuestro ánimo fué nunca introducir la alarma entre los suscritores, nada de eso; nosotros creimos entonces como creemos hoy, que una biografía, si se ha de llamar así, debe estar completa y nutrida de cuantos antecedentes hayan ocurrido á la persona de quien se trate, porque de lo contrario, queda imperfecta, y se da lugar á que el público la mire con poca aceptación.

Quede, pues, sentado, cuáles son nuestros principios en este particular, y pasemos á las siguientes reflexiones. En buen hora que las noticias no se otorgasen: en buen hora que se estrellasen los esfuerzos de las personas que querían saberlas; y en buen hora, en fin, que todo se ocultase. ¿Qué objeto, preguntamos nosotros, podían llevarse las personas que así procediesen? ¿A caso no sabían que Juan Leon ha sido torero de nuestros días? ¿Pues qué,

de mármol mas grande que el de nuestra iglesia principal. Abrió César una puerta, y despues de haber cruzado varias salas adornadas ricamente, me hizo sentar en otra que en nada desdecía de las primeras.

—Aguarda aquí, —me dijo— voy á llamar á mamá! Era aquella un gabinete de labor, donde había un piano entreabierto, un velador cargado de libros, y una hermosa alfombra, obra de las noches eternas del invierno. Sobre el artesonado, que era de molduras doradas, se veían dos marcos enlazados con un escudo de armas, y sobre el cual campeaba una corona de baron. Uno de ellos contenía el retrato de una graciosa jóven con traje de terciopelo azul. —El otro estaba vacío.

Estas observaciones hacía cuando sentí algunos pasos en la habitación inmediata, y casi en el mismo momento entró César acompañado de una señora, en la que al punto reconocí el original del retrato, y la misma que había visto salir de misa una hora antes.

—Con que... vos sois Alfredo? me dijo ella—mi hijo me ha hablado muchas veces de vos... No sois de Granville?

—Sí, señora, la contesté poco satisfecho de aquella especie de prelude en forma de interrogatorio; y deseando conocer de una vez mi posición, añadí:

—Mi padre es un honrado artesano, que ha sufrido grandes privaciones por darme alguna educación en el colegio de Avranches.

ignoran que vive, y que sus trabajos como lidiador son de nuestra época? Creemos que los hombres de la historia que vamos impugnando, habrán procurado buscar con afán cuanto encontrar pudieran de *Leon*; así lo consideramos; pero también es cierto que no tratándose de un lidiador de hace dos siglos, sino que existe, seguramente que mucho se habría adquirido. Y si no, ¿puede ignorarse hoy dónde nació, y dónde está bautizado? ¿Podrán dejar de saberse cuáles fueron sus primeros ensayos? ¿Será difícil encontrar las primeras plazas en que toreó, ya como banderillero, ya como espada? Ahora bien. ¿Creerá nadie que todos estos se han negado? De ningún modo. Véanse esplicadas las causas incontestables, y el por qué los historiadores tienen que sufrir nuestra oposición, toda vez que no comprendieron la lealtad y pureza de nuestras observaciones, desde los momentos que en los primeros números del periódico se las hicimos presentes.

Por último, la biografía de *Leon* está reducida á decir que fue un buen torero, que recibió la aceptación de los puntos donde trabajó y que su escuela es de lo mejor. Estamos conformes, nadie puede ponerlo en duda, todos lo saben; los mas lo han visto trabajar; pero ¿qué se llama esto en buena lógica? Decir algo de este lidiador. Lo demás queda sometido al buen criterio de los redactores de la Historia. Acabamos por hoy, y mas adelante entrará en turno la vida de *Francisco Montes*.

CORRIDA DE NOVILLOS DEL 1.º DEL CORRIENTE.

TOROS DE MUERTE.

¡Magnífico día! ¡Escolante principio de año! Hermoso y radiante se presentó el sol, derramando sus cabellos de oro por todos los torreones y azoteas de la coronada villa: apacible y sereno, apenas veían mecerse los empinados árboles, y con razón parecía que estábamos en la mas completa primavera. ¡Feliz augurio! Resta solo, que el Dios *Mercurio* no haga de las suyas, y convierta en lágrimas y desconsuelo el año de 1851.

Entre estas meditaciones, y no perdiendo de vista las miserias de este pícaro mundo, y de lo que son capaces los hombres, nos dirijimos á la plaza de toros á disfrutar de la función de novillos que á última hora fué preciso

—Ah!... artesano!... y vos Sr. D. Alfredo qué es lo que pensais hacer?

—Ser hombre de bien como mi padre, señora, y procurar, si es posible, ser en el mundo mas dichoso que él ha sido.

—Muy bien pensado! No os vendría mal una plaza en alguna casa de comercio... en un bufete... se verá... D. Alfredo... se verá... habeis sido camarada de mi hijo y es muy justo que yo me interese.

En este momento un criado anunció una visita.

—Disimulad Sr. D. Alfredo... César, conduce á tu camarada al jardín, jugad juntos, pero cuidado que estés pronto para la hora de comer.

Este don repetido que me había dado la madre de César, me parecía, yo no sé por qué, una especie de epigrama: su tono de protección me había desagradado altamente, y se me figuró que me hacía como una concesión forzosa, llamándome camarada de su hijo. Cien veces me hubiera marchado si otras tantas no hubiera guardado César la llave de la puerta.

A muy poco tiempo vino una criada á decirle que su mamá le aguardaba en la mesa, y mi jóven compañero me condujo casi á la fuerza al comedor, donde encontré al caballero de Pray, su mujer y dos ó tres convidados. Como el niño me había designado un asiento junto al suyo, dijo su madre á uno de los criados.

(Se continuará.)

anunciar, mediante á que el Excmo. Sr. gefe político no tuvo por conveniente conceder su permiso con mas anticipación, y para ello tendría S. E. razones poderosas, que tal las creemos nosotros, por mas que no agradasen al empresario.

Llegamos á nuestras respectivas localidades, y observamos que la entrada era mas que regular, sin embargo de hacer dos días que se había dado la última función, y por lo tanto no esperábamos que hubiese tantos espectadores; pero había cosa nueva que ver, y era la de lidiarse dos toretes con puntas, por una cuadrilla de aficionados del matadero de esta corte, y claro es que la novedad había de atraer concurrencia, la que hubiese sido en mayor aumento, anunciada la función con mas tiempo.

A las tres en punto empezó la broma, y podemos decir en honor á la verdad que los dos primeros toros embolados divirtieron, porque les vimos pegar mas que cuantos de su clase se han echado este año para los aficionados: los llamados picadores dieron muy buenas caídas, á la vez que maldito lo que hacían de provecho. El segundo toro dió un rebolcon á uno de los aficionados banderilleros, y no tuvo poca suerte con que no lo magullara el animal. Despues de mandados al corral los dos toros, salió también embolado el de la pantomima, y antes se nos habían presentado en escena una comparsa, que por lo desaliñada y mal vestida bien podían tenerse por esas caravanas de gitanos greñudos que de cuando en cuando atraviesan nuestras poblaciones, sin mas equipaje que un burro exánime, ciento veinte muchachos, y llevar todos largos y lacios cabellos. Aun cuando la comparsa se componía de personas de buen porte, porque los mas vestían casacas y levitas á lo antiguo, se conocía que sus individuos correspondían á la galería de los modernos tiempos.

¡Valganos Dios, y que tranquilidad disfruta el país en estos momentos! Así decían varios aficionados que á nuestro lado estaban, y nosotros conocimos las causas poderosas de sus exclamaciones. Los picadores de esta broma figuraban estar subidos en caballos, lo malo que no tenían mas que dos pies, en lugar de cuatro. ¡Cosas de la vida! Muchos animales hay con dos pies, debiendo tener el doble. También vemos que generalmente los caballos llevan á los hombres, pero en esta época de funciones novillescas, los hombres llevan á los caballos, y este vice versa no deja de ser extraño cuando tanto se va desarrollando la ilustración. Mas dejemos reflexiones y volvamos á nuestra algazara: el toro embolado, dió diferentes veces en tierra con los picadores caballos, y hubo algunas, que zambullido dentro del vientre el que hacía de picador, el toro metía los cuernos á el figurado caballo, y lo llevaba paseando por todo el redondel. Hé aquí descubierta la invención de un eolo cornamental, que si sigue ensayándose, seguramente tendremos dirección para todas partes, sin necesidad de pasaportes, ni que se hagan empadronamientos. En seguida hubo banderilleros metidos en cestos de mimbrés, y aun cuando buenos porrazos dieron, mejores pares pusieron. Este acto se finalizó con la salida de *Gabriel Caballero* designado para matar al bicho. El mozo que se conoce que entiende el magnetismo, y que lo ejercita con la muleta y la espada, puesto que habiéndonos quedado dormidos, despertamos á las dos horas, y entonces vimos que le estaban dando con la puntilla al toro. De aquí la causa de no poder decir lo que sucedió, pero le pregunta-

mos á un aficionado, y este nos contestó que había dado cinco estocadas malas, y un volapié á toro parado bien dirigido.

Tratemos ahora con gravedad el tercer acto de la fiesta, que bien lo merece, puesto que son los de muerte los que se van á lidiar.

Ventanero se llamaba el primero, de la ganadería de *D. Justo Hernandez*, bien puesto. *Francisco Miguez* le puso dos varas al bicho, le hizo este dar una caída perdiendo el rocín, y *Manuel Martin* le arrimó dos puyazos, y dió igual número de caídas, lo bastante para que al animal le clavasen tres pares de banderillas, y lo matase *Isidro Santiago* de una magnífica arrancando de cerca, lo cual le valió el que fuese aplaudido del público.

El segundo era *Piñonero*, de la misma ganadería que el anterior; pero de mejores condiciones, llegaba con voluntad, y en su temporal era duro. Cinco varas tomó de *Martin*, dos de ellas muy buenas, dió dos caídas y perdió su caballo: *Miguez* le puso seis varas, tres también buenas, llevó tres porrazos, y sacó fuera de combate al jaco: tres pares y medio de rehiletos le pusieron *Pando* y su compañero, y en seguida *Isidro* lo mató, despues de tres pases naturales, de una corta á volapié, otra arrancando buena, consiguiendo descabellar al toro á la tercera vez que lo intentó. A *Isidro* lo vimos cumplir como correspondía, y si en ello hemos tenido parte por lo que dijimos en nuestro número anterior, nos alegramos, porque de este modo le damos una prueba del aprecio que le tenemos. El capote de *Pucheta* libertó á *Martin* de una cojida al caer una vez descubierto al toro.

El cuarto acto de la fiesta eran los toritos que habían de lidiar aficionados del matadero en división de plaza. Con efecto, en el lado de la derecha se corrió el primero, que se llamaba *Remendado*, poco hizo el animal, y los picadores menos: tres pares de palitos le clavaron, y salió *Gonzalo* á matarlo, y la verdad, nos agradó con la serenidad y aplomo con que se acercó al bicho, llevando con gracia la muleta, le dió dos pases y una estocada á la media vuelta, descordándolo.

Acto continuo se pasaron al lado izquierdo de la división, y salió el otro torito llamado *Tabernero*: poco diremos de los picadores, nada encontramos que de referir sea, y con par y medio de banderillas, salió á matarlo *Gonzalo*, y le dió una corta arrancando, otra de mete y saca alta, y al darle otra cuando el toro venía á la carrera y en la querencia que había tomado á la puerta del toril, como quiera que el diestro no tuvo tiempo de colarse en su verdadero terreno, se embroneó con el animal y le dió un baretazo en el pecho al lado derecho y lo tiró al suelo; afortunadamente no tuvo consecuencias, despues que se repuso le dió otra corta á volapié; y por último, acabó el animal sus días con la media luna. Creemos que *Gonzalo* si se aplica podrá sacarse mucho partido de su afición: tiene serenidad, y se acerca bastante. El quinto acto fueron, correrse los novillos, seis en cada lado de la división, y hubo lo de siempre, testarazos, capas de menos, y dientes sacados, sin necesidad de operación. Finalizando la función con el castillo de fuego hecho por el polvorista *José Hernandez*, y seguramente que nada encontramos de nuevo, agradando poco al público. Creemos que *Abdon Dominguez* tiene mas gusto, y da mas animación á lo que trabaja.



LA CAZA DEL TIGRE

Creemos que nuestros suscritores leerán con gusto los siguientes pormenores sobre la caza del tigre, extractados de un viaje moderno á la India.

Los indios miran la caza del tigre como una de sus mas nobles diversiones. Para emprenderla se necesitan tres ó cuatro buenas escopetas de dos cañones, y elefantes diestros, porque mientras mayor sea el número, mayor es tambien la diversion. El tiempo mas propio para ella es desde mediados de marzo hasta fines de junio, porque siendo la época en que los arroyos se secan, los tigres van á buscar el agua en los grandes ríos, y si en sus orillas hay matorrales, en ellos fijan su residencia. Para llegar á estos terrenos es necesario colocar en cierto orden los elefantes, tirando, á medida que se adelantan, á todas las piezas pequeñas que van saliendo, á fin de que el tigre intimidado se determine á mudar de sitio.

Es imposible describir el entusiasmo que inspira la aparición del tigre, cuando saliendo de entre las ramas y dando un grito terrible, se lanza sobre el elefante. La esperanza, el miedo y el placer llegan entonces á su colmo. El animal furioso, llenos los ojos de fuego, dominado por el dolor y por la rabia y azotando el aire con su cola, salta á la cabeza del elefante, que sintiéndose herido la sacude con violencia, rechazando al enemigo. Algunas veces el tigre repite su salto; pero entonces ya no puede evitar la muerte, porque siempre le alcanza algun tiro de los muchos que se le disparan. Así que muere, la costumbre es medirlo y despues desollarlo. Los indios toman su grasa, á la que atribuyen grandes virtudes, y le cortan tambien las barbas, que miran como un precioso talisman. La marca comun de los tigres es de tres pies y medio á cuatro, con una longitud proporcionada: los hay en toda la India, y aunque los de las provincias superiores son mas feroces, pocos son, sin embargo, los que atacan con vigor y hacen grandes esfuerzos por salvar su vida, pues por lo comun, despues de heridos, se echan al suelo, dejándose matar.

En la India la caza del tigre es preferible á la del leon, porque en el Asia degenera notablemente el rey de los animales, pudiendo casi asegurarse que es el mas cobarde de los cuadrúpedos. Una circunstancia particular nos proporcionó ver el único que encontramos en nuestro viaje. Caminando de noche con una numerosa escolta de indios y europeos, vimos que de repente el elefante que iba delante de todos se detuvo, sin querer seguir por mas que se le obligaba. La claridad de la luna nos hizo descubrir en medio del camino un gran animal que no quiso moverse por mas ruido que metimos; visto lo cual un europeo le disparó su fusil y el animal quedó sin vida. Era un hermoso leon, del mismo color del camello; tenia cuatro pies y medio de alto y una cola muy larga, cuya estremidad era negra.

Tambien se tiene mucha aficion en la India á la caza del javali, á quien se persigue á caballo y con lanza. A veces el animal se defiende, y si el ginete se descuida espone á su caballo á muy grandes heridas. La caza del tigre es, sin embargo, la preferente, y á la cual se dedican los indios con un entusiasmo admirable. En aquel país esta diversion es seguramente, lo que las corridas de toros en España.

ANECDOTAS.

Habiendo enviudado un alcalde, quiso que todo el ayuntamiento en cuerpo asistiese al entierro de su difunta. —No es costumbre en este país, le respondió el síndico; si Vd. fuera el muerto, lo haríamos todos con mucho gusto.

—Un caballerito de estos muchos eruditos á la violeta, que solo saben cuando callan, y rebuznan, si abren la boca, se alababa mucho en una sociedad de haber estado casi toda su vida viajando, y una señorita le dijo: —Segun

eso estará Vd. muy instruido en toda la geografia. —Señorita, respondió con aire afectado, precisamente es un paraje donde nunca he estado; pero debo haber pasado muy cerca.

—Reprendiendo á uno por qué dormia con la boca abierta, y diciéndole que cuando estaba dormido tenia un gesto horroroso, mandó á su criado que le pusiese el espejo á los pies de la cama para verse el semblante dormido y saber si estaba tan feo como decian.

—Un florentino necesitaba un caballo; halló uno que le daban por 25 doblones. —Os daré 15 al contado, dijo al chalan, y deberé lo demás. El chalan consintió, y algunos dias despues fué á pedir lo que le faltaba. —Debemos atenernos á nuestro contrato, dijo el comprador. Os dije que os deberia lo demás, y si os lo pagase, ya no os lo deberia.

—Algunos aficionados iban á representar una comedia en una aldea. La madre de la señorita que debia desempeñar el principal papel se adelantó antes de que levantasen el telon y dirigiéndose á los espectadores: —Señores, dijo, quisiera que tuvieran Vds. la bondad de permitir que mi hija dijera su papel la primera, porque estamos convidadas á cenar.

TANTO MEJOR Y TANTO PEOR.

SALUDO DE DOS AMIGOS, AL ENCONTRARSE DESPUES DE UNA LARGA AUSENCIA.

—¿Cómo estás?—No muy bien.—Tanto peor.

—¿Qué has hecho?—Me casé.—Tanto mejor.

—Ese tanto mejor no debe ser,

Pues me tocó un demonio por mujer.

—Tanto peor.—Tambien muy mal lo aplicas,

Que al fin era mujer de las mas ricas.

—Tanto mejor. —Tanto peor te advierto

Pues ganado compré que se me ha muerto.

—Tanto peor.—Tampoco es voz cabal,

Que aumenté con las pieles el caudal.

—Tanto mejor.—No, amigo; esa no pasa

Que el fuego consumió dinero y casa.

—Tanto peor.—Tanto mejor me encuentro,

Pues ardió mi mujer, que estaba dentro.

EPIGRAMAS.

I.

Traje de moda y muy fino

Lleva Blasa la elegante;

Pero nada es semejante

Al pañuelo de merino.

Blas que celebrarlo oyó,

Dijo con tono sincero:

«Pues señores, el carnero

Que dió la lana soy yo.»

II.

Eres moro y no te creo

Dijo á un moro Clori airada

Y el moro no dijo nada

Refrenando su deseo.

Despues una bolsa de oro

Con chuscada á Clori enseña:

Y Clori dijo risueña:

Ya te voy creyendo, moro.

NOVILLOS.

Mañana á las tres de la tarde, si el tiempo lo permite, tendrá lugar la sétima corrida, de las concedidas á los hospitales de esta córte.

MADRID.—Imprenta que fué de Operarios,
á cargo de D. A. Cubas, calle del Factor, núm. 9